



“Sean transformados” ...en la formación integral paulina

(P. Danilo A. Medina L., SSP)

El cuarto desafío del documento preparatorio de nuestro próximo XI Capítulo general pone en evidencia la necesidad de propender por una formación integral orientada a nuestra misión, que haga posible un cambio de mentalidad y nos capacite para el diálogo fructuoso con el mundo de hoy, que como Paulinos estamos llamados a mantener. A la luz de este planteamiento, considero oportuno retomar y profundizar los cuatro aspectos esenciales sobre los que se pone el acento y la atención, que además se complementan entre sí:

Integralidad en la formación:

Inspirados en las enseñanzas de nuestro Beato Fundador y en el magisterio de la Iglesia, nuestros documentos normativos en temas de formación son bastante claros y precisos, especialmente cuando insisten en la integralidad, que, así como es nota típica de identidad en la vida paulina en general, lo es de modo muy particular cuando se aplica a este campo específico: *“La formación paulina ha de ser unitaria, o sea tendiente a la «síntesis vital», e integral, de modo que abarque a toda la persona sin dejar fisuras, pues toda ella se entrega a Dios mediante la Congregación”* (RF, 46)¹. Las dificultades se presentan en el momento de hacer realidad en la práctica este ideal.

En las etapas iniciales ayuda una buena distribución de las actividades en el horario de cada jornada, de la semana y del año. Más difícil resulta cuando nos referimos a la formación continua, pues generalmente quienes nos consideramos “adultos”, somos más proclives a relativizar los horarios, y con frecuencia terminamos privilegiando alguna de las “ruedas” del carro paulino en detrimento de otra u otras. Tal vez nos convenga volver a fijar la mirada en Jesús, que si bien *“recorría todas las ciudades y aldeas predicando el Evangelio del Reino y sanando toda enfermedad y dolencia”* (Mt 9, 35), también y con frecuencia, *“se retiraba a lugares apartados para orar”* (Lc 9, 35); y sabía compartir la vida con la comunidad de sus discípulos, valorando incluso el momento del descanso: *“Les dijo: vengan también ustedes aparte, a un lugar solitario, para descansar un poco”* (Mc 6, 31). En otros momentos, acudía igualmente a la sinagoga a estudiar y orar con la palabra de Dios, en Nazaret (cf. Lc 4, 16-30; 5), o en Cafarnaún (cf. Lc 4, 31-39). E incluso, le alcanzaba el tiempo

¹ Sobre este tema, conviene confrontar la carta del P. Silvio Pignotti cuando era Superior general sobre la Integralidad de la vida paulina: carta anual 1993-1994.

para ir a visitar a sus amigos y pasar momentos tanto agradables como dolorosos con ellos (cf. Lc 10, 38-42; Jn 11, 1ss; 12, 1ss).

En orden a la misión:

También en este aspecto es muy clara la enseñanza del Fundador y de la Congregación; además, se trata de una nota distintiva del carisma paulino, en la medida en que lo hemos aprendido, a través de Alberione, del mismo apóstol San Pablo. El fervor misionero y el anhelo de hacer llegar el Evangelio de Cristo a todos los pueblos y a todas las personas posibles es la motivación que dinamiza e impulsa todas las demás dimensiones de nuestra vida paulina (cf. 1 Cor 9, 15-27). Por eso el P. Alberione advertía que *“toda la formación debe programarse y ordenarse, de manera especial para los estudios, teniendo en cuenta el apostolado propio de la Familia Paulina. Este principio ha de tenerse en cuenta desde el momento que se ingresa en nuestro Instituto, tanto en clase como en los consejos, meditaciones y predicación, de tal modo que no se comunique una vida genérica, sino una doctrina, una piedad y una vida religiosa eminentemente paulina”* (UPS, II, 193).

Obviamente, la orientación fundamental de nuestra formación en orden a la misión, no significa, de ninguna manera, dar exclusiva prioridad al trabajo apostólico, en detrimento de la posibilidad de que los paulinos adquiramos una sólida capacitación y especialización académica intelectual; más bien, se busca que dicha educación encuentre aplicación concreta y práctica en el ejercicio de nuestro apostolado. Infortunadamente, en nuestros contextos paulinos tendemos a desbalancearnos hacia los extremos: o bien, al temor y la desconfianza a facilitar una esmerada formación de nuestros jóvenes paulinos, donde los hay, o bien, a garantizar oportunidades de formación y estudios especializados, pero que se quedan en títulos que se archivan y que no inciden en una real y mayor eficiencia en la tarea apostólica que cada uno de nosotros debe asumir en el contexto de los proyectos apostólicos de nuestras circunscripciones. La formación en nuestra Congregación debe ser siempre una formación apostólica: *“Debemos llegar al «fruto» del estudio, es decir, al apostolado”* (Alberione, *Vademecum*, 286), y esto acontece a lo largo de toda la vida, pues el apóstol, para poder responder adecuadamente al desafío de su misión, nunca acaba de formarse.

Transformación de la mentalidad:

En el trasfondo de todos los procesos de preparación, celebración y posterior proyección de nuestro próximo Capítulo general, encontramos la apremiante exhortación del apóstol Pablo a permitir que la gracia de Dios transforme y renueve nuestra mentalidad, de modo que seamos capaces de discernir la voluntad de Dios. Este apelo, en temas de formación, que es el contexto en el que nos ubica el cuarto desafío, encuentra sobrados motivos de pertinencia e importancia, pues *“El hombre es aquello que piensa”*². En efecto, la formación, que busca hacer posible la configuración del religioso paulino con Cristo Maestro, pretende consolidar en la persona aquellas convicciones y valores que forjen una nueva mentalidad, la mentalidad típicamente paulina. *“La mente es facultad absorbente. La mente tiene poder dirigente. La mente es facultad emitente. Existe una higiene mental. Se necesita un orden mental constructivo. El progreso social depende del progreso mental. El desarrollo de la personalidad depende de la mente.”*³

² ALBERIONE, S., *Vademecum*, 249.

³ *Ib.*, n. 253.

La formación de la mentalidad cristiana y paulina, si bien implica nuestra voluntad y nuestro empeño, fundamentalmente es fruto de la acción de Dios en nosotros. Es significativo que Pablo en Rm 12,2, después de haber exhortado a no conformarse con este mundo, emplea una forma verbal de imperativo en voz pasiva (metamorfou/sqe) que conviene traducirla como: “*Déjense transformar/transfigurar*”, o también, “*sean transformados*”, lo cual pone de manifiesto que otro es el agente de esa acción, y en este caso ese otro es Dios. Nosotros lo que debemos hacer es secundar la obra de Dios, que es quien realiza en nosotros la transformación o transfiguración mediante una renovación de la mente. Y la finalidad de dicha transformación y renovación de la mente es poder discernir la voluntad de Dios, todo lo que es bueno, lo agradable y lo perfecto. Esta enseñanza paulina se refleja muy bien en las insistencias del Padre Alberione acerca de la búsqueda casi obstinada de hacer siempre la voluntad de Dios como camino de santificación. En este sentido, la formación en último término conduce a la santidad y a la configuración con Cristo (cf. RF, 39), pues “*Jesucristo es el maestro que mejor ha respetado a la persona humana, la desarrolla en sus facultades naturales y sobrenaturales, la eleva y dirige a participar de Dios en el tiempo y en la eternidad.*”⁴

Diálogo con el mundo:

En la medida en que nuestra formación en la Congregación abarque todas las facultades y dimensiones de la persona, y en la medida en que se oriente y proyecte a un compromiso cada vez mayor con nuestra misión apostólica, a partir de procesos de apertura a la acción de la gracia de Dios en nosotros, que nos permita ser transformados mediante una renovación de nuestra mentalidad y de configuración con Cristo, solo en esa medida tendremos Paulinos capaces de asumir el reto de dialogar con el mundo de hoy, con sus riquezas y miserias, con sus alegrías y tristezas, con sus logros y fracasos. Nuestra Congregación recibió de Dios a través del P. Alberione la gran tarea de la evangelización con los medios y en la cultura de la comunicación, y por ello no podemos ser indiferentes ante las complejas realidades que afrontan aquellos que también son razón de ser de nuestro servicio carismático: nuestros interlocutores.

Rm 12,2 inicia advirtiéndolo que no debemos configurarnos a semejanza de este mundo; es decir, que no debemos vivir según el patrón o modelo de este mundo. Pero ello no contradice la exigencia de dialogar con este mundo, pues se trata de un diálogo fecundo y complejo, muchas veces fatigoso y difícil, pero siempre necesario, pues es justamente a este mundo al que debemos prestar nuestro servicio evangelizador, no a otro. En el ámbito de la formación, debemos estar siempre atentos, pues algunas veces, en lugar de ayudar a forjar en el corazón principios y valores, nos contentamos con levantar muros protectores externos. Y también en este sentido se corre el riesgo del desequilibrio, o bien hacia una apertura acrítica que lleva a que la sal se vuelva sosa (cf. Mt 5, 13) y se pierda la identidad de vida consagrada paulina, en aras de una supuesta inserción en el mundo, o bien hacia un encierro y aislamiento, por miedo a que nos “contaminemos” de mundo. “*Debemos salvar las almas de hoy, no aquellas de hace dos siglos cuando no existía la radio ni la televisión ni el cine ni otros medios. [...] Debemos ayudar a las almas de hoy en sus peligros, en sus circunstancias.*”⁵

⁴ Ib., n. 326.

⁵ ALBERIONE, S., A las Hermanas de Jesús Buen Pastor (1965), p. 205.